

PRESENTACIÓN DE "LA SAL DE LA VIDA"
BILBAO, 26 de noviembre de 2004

Muchas gracias Sorkunde por tu amable presentación. Y muchas gracias a todos ustedes por haber venido. Hace algo más de un año presenté aquí, en Bilbao, mi primer libro de relatos y les dije a los que vinieron que tenía mucho mérito el gastar una tarde de un martes de otoño, ya casi invierno, asistiendo a la presentación del primer libro de un escritor desconocido, habiendo, como había, fútbol europeo televisado.

Si eso lo dije para un primer libro de relatos imagínense lo que podría decir siendo tarde de viernes y tratándose de un primer libro de poesía. Sobre todo, porque hoy veo más gente que entonces y yo creo seguir siendo igual de desconocido.

¿O será que la poesía, ese extraño misterio que tras la palabra late, al final convoca? No sé. Solo sé que hoy me apetece hablar de poesía.

Para empezar, les diré que yo le debo mucho a la poesía. Le debo, por ejemplo, algunos de mis mejores momentos junto a mis hijos cuando, justo antes de dormir, les leía la Balada del Viejo marinero de Coleridge, o les malcantaba poemas de Góngora, de Lorca, de Neruda, de Machado, de Miguel Hernández, de Gabriel Celaya que Paco Ibáñez y Joan Manuel Serrat habían musicado poco antes.

Yo siempre he cantado muy mal, y no recito mucho mejor, pero eso no me impedía recitarles a ellos las letras de las canciones de Violeta Parra, de los Quilapayún, de Jorge Cafrune, de Atahualpa Yupanqui, que son poemas que se pueden cantar a pleno pulmón pero también decir, susurrar casi, sin música y en voz muy baja.

El mejor pago a aquél esfuerzo me lo dio mi hija un día en que, preguntada por su maestra sobre la profesión del padre, respondió, con la irrepetible clarividencia de los once años: - Médico y poeta.

A la poesía le debo también el mejor consuelo de las horas más amargas que, ahora que lo pienso, fueron bastantes. O, al menos, así me lo parecían mientras duraron. Pues eso tiene la tristeza profunda que la asemeja al amor: los dos son eternos mientras duran. ¡Pero mientras duran son eternos!

Dicho lo cual, les diré que no se qué cosa es la poesía. ¡Simpático esto de deberle tanto a algo que no se sabe bien que es! Pues sobre la poesía conozco lo que han escrito otros. Pero como reconozco en alguno de los poemas de este libro, sobre quién o qué sea la poesía..., la verdad, yo sobre eso no se mucho.

Solo se que he escrito poesía desde los diecisiete o dieciocho años. Desde entonces he escrito muchos poemas. La mayoría malos; bastantes regulares; solo unos pocos buenos. No sé por qué es así. Solo sé que es así.

Leer buena poesía me ensancha el ánimo. Escribir poesía me da mucho trabajo. Escribo, corrijo, rompo, vuelvo a escribir. Leer poesía me

ayuda a escribir poesía, sobre todo si es buena, aunque también la mala poesía ayuda porque muestra lo que no hay que hacer. Siempre es más fácil saber lo que uno no debe hacer. Tal vez porque, como sentenció Omar Khayan, que además de poeta era astrónomo y matemático, "no hay verdades ciertas pero hay mentiras evidentes".¹ En la poesía, como en la vida, Verdad y Belleza mantienen una relación complicada a través de los siglos.

A menudo, abro un libro de un poeta que me gusta y dejo resbalar la vista sobre las palabras. Algunas se me quedan prendidas en la memoria, convocan a otras, polemizan en mi cabeza.

Y de pronto surge un verso. No necesariamente original o muy bueno. Pero verso, al fin y al cabo. Es decir, algo nuevo esperando a ser dicho por mí, en ese instante, con mis propias palabras.

Otras veces no ocurre así sino que un sentimiento, una emoción, una duda, me crece dentro, pugna por escapar, necesito librarme de

¹ Omar Khayan. Los Rubaiyat. Hiperion. Madrid, 1994

ella. Una forma de librarme es intentar describirla. Si supiera pintar, pintaría. Si supiera tocar música, tocaría. Como solo sé escribir, trato de librarme de ella mediante palabras.

Con frecuencia eso me ocurre por la noche, cuando estoy solo, antes de dormir. Por eso siempre tengo una libretita y varios bolígrafos sobre la mesilla. El metro o el autobús son dos lugares donde también se me ocurren versos pero como suelen estar atestados en las horas punta, y en esas condiciones resulta difícil escribir, a menudo, los pierdo.

Luego, cuando ante el escritorio repaso lo anotado, salvo muy poco. Pero lo que salvo lo guardo como un joya rara. Lo demás no lo rompo todavía. Uno nunca sabe cuanta mena puede quedar aún en esas gangas.

Un conocido poeta social español de la primera hora, natural de Hernani, y alguno de cuyos poemas todavía tarareo de cuando en cuando, aspiraba a ser “un ingeniero del verso y un obrero”.²

Para mí el escribir poesía se parece mucho a cavar en la mina. Creo que Rilke tiene razón cuando, en la primera de sus cartas al joven poeta, propone: “Entre en usted. Examine ese fundamento que usted llama escribir; ponga a prueba si hunde sus raíces hasta el lugar más profundo de su corazón... excave en si mismo en busca de una respuesta profunda”.³

Solo que cuando uno excava ahí, no hurga un mineral sólido e inerte sino un tejido vivo, sensible, doloroso. Y casi siempre móvil. Por eso es difícil. Pero “casi todo lo serio es difícil”. “Y todo es serio”, apostillaba Rilke, incluido el amor. Sobre todo el amor, que debería ser lo más festivo y lúdico de todo.⁴ Pues si alguien me pregunta cuál es el tema de este libro diré que el amor. Allá cada cual con sus amores. El

² Gabriel Celaya. “*La poesía es un arma cargada de futuro*” En: Cantos Iberos, 1955.

³ Rainer Maria Rilke. “*Cartas a un joven poeta*”. Alianza Editorial. Madrid, 2003

⁴ Rainer María Rilke. *Ibid.*

mío más grande tiene nombre y apellidos, y van escritos en la dedicatoria.

Tampoco se muy bien qué tipo de poesía hago. Me parece que este libro podría incluirse en eso que se llama "poesía de la experiencia". Pero no estoy dispuesto a perder mucho tiempo discutiendo eso; es un asunto que me importa poco.

Me parece que fue T. S. Elliot quien dijo que hace falta mucha ingenuidad para formular teorías y mucha humildad para abstenerse de formularlas. Y no creo que importe mucho saber qué tipo de poesía escribe uno a condición de que sienta que ése, y no otro, es el tipo de poesía que tiene que escribir.

Al lector le importa que lo escrito le llegue, le comunique y le conmueva. Y eso solo se consigue siendo auténtico. En poesía, como en la vida, lo auténtico escasea. El ser auténtico no se regala, requiere mucha pelea, sobre todo con uno mismo. Es una pelea continua, de resultados inciertos y, por lo general, escasos en el corto plazo. Si bien

se mira, logramos ser auténticos muy pocas veces en la vida. Pero cuando lo logramos se nota.

Para mí la poesía representa precisamente eso: una de las escasas oportunidades de ser auténtico. Junto con el amor, claro.

Ahora bien, los resultados de ser auténtico a menudo dan miedo. Pues no se trata solo de un arriesgado ejercicio de introspección. Esa es, si acaso, la primera fase. A continuación, hay que seleccionar y expresar, lo que significa dar forma, poner imágenes, sonido, ritmo, ideas. Y no cualesquiera, sino aquellas que solo pueden ser. En poesía, como en física, la exactitud es un requisito de la belleza. Pero nadie ha dicho que la amabilidad lo sea.

Lo más duro de la poesía es sobreponerse a los fracasos. No me refiero a los fracasos públicos sino a los otros. A los personales e intransferibles. El peor crítico de un poeta es siempre el poeta mismo.

Claro que el momento más difícil acaso sea éste: el de mostrarle tus versos a otros. Por eso es bueno escribir mucho antes de publicar. ¡Cuando uno se ha pasado treinta o treinta y cinco años escribiendo versos sin publicarlos es poco probable que se arrugue a las primeras de cambio! El viejo Rojas nos lo encarecía hace poco: "... prisa para qué, laudatio para qué, vitrina publicitaria, publicidad vergonzosa para qué. Este oficio es sagrado y no se llega nunca".⁵ ¡Bueno, Rojas, sin exagerar. Sobre todo cuando finalmente se logró la fama, que mucho peor es morirse inédito!

Por cierto, la inspiración, si existe, me visita poco. Para animarla he escrito varias odas, entre otras una "*Oda a la improvisación*" que, en ocasiones, recito en voz alta. Pero como ella es más bien irreverente, el conjuro no me suele dar resultado. Así que leo. Y releo. Y vuelvo a leer. La poesía tiene eso para mí: releer buena poesía me produce una sensación especial; como si desde un lejano exilio degustase, de tarde en tarde, los imposibles sabores de la patria ausente.

⁵ Gonzalo Rojas. *Discurso en el Paraninfo*. Premio Cervantes 2003. Alcalá de Henares, 23 de abril de 2004

Los románticos y los primeros simbolistas hicieron de la poesía la única patria de los poetas. Los estructuralistas y los formalistas sustituyeron el término "poesía" por el término "lenguaje". Desde entonces decir "la patria de un poeta es su lengua" se ha convertido en un tópico. Peor que eso: en un equívoco. Sobre todo para quienes creemos que tener varias patrias – y vivir varias vidas, y hablar varias lenguas – es una de las grandes riquezas de la vida. Y un excelente antídoto contra los estragos de la intolerancia y del tiempo, por cierto.

Hace años, en un momento de especial soledad, escribí: "la poesía es lenguaje y apenas comparte nuestra emociones". Por aquel entonces yo estaba congelado por dentro. Hoy no escribiría algo así. Pero releerlo me sirve para recordar hasta qué punto los sentimientos forman parte de la poesía. Corrijo: no forman parte; la forjan.

Y no me refiero a los sentimientos en estado bruto sino a la experiencia íntima de los sentimientos. Lo cual involucra, como mínimo, a los sueños, a los deseos, a la memoria, a los pensamientos y a las sensaciones. Insisto: "como mínimo".

Wallace Stevens lo sintetizó de forma inapelable: "Es a la vida a lo que intentamos llegar con la poesía", escribió. Y, por si quedaban dudas, añadió debajo: "Cuando se deja de creer en Dios, la poesía es esa esencia que ocupa su lugar para que la vida resulte aceptable".⁶ ¿Qué les parece?

Solo hay que recordar aquí el verso de Keats "la belleza es verdad y la verdad belleza... nada más se sabe en esta tierra y nada más hace falta"⁷ para darnos cuenta del camino recorrido por la poesía y los poetas durante los últimos dos siglos.

Quizá sea esa una de las grandes lecciones de la modernidad: que en la poesía, como en la vida, hemos de alimentar esperanzas imposibles a sabiendas de que lo son. A condición, para la poesía, de que sean bellas. A condición, en el caso de la vida, de que si no pueden

⁶ Wallace Stevens. *Aforismos completos*. Lumen. Traducción de Daniel Aguirre. Barcelona 2002. Ed. bilingüe

⁷ John Keats. "A una urna griega". Traducción de Julio Cortázar.

ser reales, al menos sean buenas. Corrijo de nuevo: que sean buenas en todo caso.

No me pregunten por el título de este libro. Se me vino a la cabeza de pronto y no tiene mérito. Si acaso, obvias resonancias bíblicas. Puesto a inventar, podría decir que es una metáfora: porque si la poesía es la sal de la vida, los apóstoles serían los poetas. Lo que es otra forma de decir, "si la sal se vuelve amarga, ¿cómo se le devolverá el sabor?" Vamos, ¡qué sojería de vida sin los poetas!

¿Ven cuánto marca la educación? Once años en un colegio de escolapios hicieron de mí un ateo convencido pero no lograron que perdiera el gusto por las parábolas. O sea, cuando a la religión le fallan el dogma, la moral y la Iglesia, siempre le quedan las parábolas, que son una forma especial de cuento cuyos argumentos básicos son la alegoría y la metáfora.

Su gran riesgo es la retórica. Y su mejor antídoto el silencio. Pues a la gran poesía le pasa como a los buenos cuentos: importa tanto lo que dice como lo que no dice.

Sin embargo, uno tiene la impresión de que el silencio del cuento es un silencio deliberado, un recurso técnico del autor para hacerlo más poderoso. El silencio de la poesía es de otro tipo. Se trata de un silencio inevitable. El silencio de esa soledad que nos permite ponernos en lugar de otros y sentir como propios sus afanes y desvelos, sus alegrías y sus dolores. Y predecir su curso. La gran poesía es a menudo profética porque, de un modo u otro, trata siempre con lo inexpresable.

Y ahí reside el principal drama íntimo del poeta: decir o no decir. A sabiendas de que decir no basta, pero que ya es algo. Y puede ser mucho. Decir bien puede no ser más eficaz que decir mal, pero resulta siempre más luminoso.

"La sal de la vida" es una selección de poemas relativamente recientes, excepto en dos casos: *"La sierra pobre"* y *"Siempre el mar"*

que, si no me equivoco, tienen unos veinte años. Los demás fueron escritos durante los últimos ocho o nueve, muchos de ellos, sobre todo los incluidos en Diario de Náufrago, durante los últimos cuatro o cinco, justo cuando mi vida personal y sentimental, tras un duro periodo, despegaba de nuevo.

Eso no tiene nada de paradójico. Se requieren un mínimo de distancia y un cierto sosiego para expresar a cabalidad. La excesiva inmediatez abrumba y, al menos en mi caso, no incita a crear. Durante las tormentas interiores puedo, a lo sumo, tomar notas. Pero para producir necesito esperar. Cada uno sabe cuando es su momento. Aunque no suelo aguardar mucho porque por experiencia he aprendido que los sentimientos tienen la memoria frágil.

Tampoco esperen que les comente este libro. Bastante hice con escribirlo. A cambio les propongo que lo lean. Y, si les parece bien, que se lo apropien, que es otra forma de decir que lo vivan. Pues eso tiene también la poesía: entre los géneros literarios es el que más depende

del lector para existir. Cada lector hace un poema nuevo del poema que lee. Con frecuencia, cada vez que lo lee. Extraño, pero así es la cosa.

Durante un tiempo pensé que la poesía era una forma de conocimiento de jerarquía casi análoga a la de la ciencia. No en vano Shelley la había definido como “la expresión de la imaginación”⁸ y luego Einstein había dicho aquello de que “Imagination is more important than knowledge” (que fue una frase ingeniosa hasta que se la apropió un fabricante de camisetas y se transformó en un eslogan)

Luego me di cuenta que no, que era una forma de vida. Mejor dicho: que era una dimensión del vivir que podía compaginarse con otras muchas (la medicina, la función pública, la diplomacia o el comercio, por ejemplo) pero con una característica singular. Y era que dotaba a todas las demás de una cualidad especial, algo así como de un brillo singular y único, capaz de producir, al mismo tiempo, un placer intenso y una irresistible llamada a la acción.

⁸ Percy B. Shelley. “*A defence of poetry*”. www.thomaslovepeacock.net/defence.html

Saint John Perse, que inició su discurso de aceptación del premio Nobel de literatura con una soberbia analogía entre la poesía y la física moderna, lo concluyó reclamando para la poesía su condición “de acción, de pasión, de potencia, de innovación que sobrepasa siempre los límites”, y postulando que “el amor es su hogar, la insumisión su ley, y su lugar está en todas partes, sobre todo en la anticipación”.⁹ Es decir, equiparándola a lo mejor de la vida.

Sentirme vivo mientras escribo poesía, percibir el especial significado de lo inerte y lo vivo en torno, me hace vivir de un modo especial, me produce una alegría inigualable. Incluso cuando las raíces de lo que escribo se hunden en la decepción, la tristeza o la angustia, pues ellas forman parte de la naturaleza humana tanto o más que la serenidad, el júbilo o la dicha.

La banalización de la Cultura y la trivialización de la Belleza, que son marcas de nuestro tiempo, no me han hecho descreer de eso.

⁹ Saint-John Perse. *Discours de Stockholm*. Oeuvres Complètes. Gallimard, Paris, 1972

En la cerrada noche de una dictadura, un gran poeta escribió un libro inevitable que arranca como debe (- "Llegué por el dolor a la alegría // supe por el dolor que el alma existe...") Ese libro incluye más adelante seis versos que son una de las soflamas más vibrantes que yo haya leído: "Por esto, por sentirnos todavía // música, y viento, y hojas, ¡alegría! // Por el dolor que nos tiene cautivos // por la sangre que mana de la herida // Alegría en nombre de la vida // Somos alegres porque estamos vivos" ¹⁰

¡Uaooo! Uno no siempre puede escribir poesía como ésa pero siempre puede leerla. Y en ese diálogo con lo que otros han soñado, imaginado o sentido nos es dado fabricar alguno de los momentos más irrepetibles de nuestra existencia.

Pues incluso en las circunstancias más duras, la poesía objetiva y relativiza nuestros sufrimientos, disipa nuestras murrias, nos inyecta conciencia de vivir y alegría por estar vivos, combate la pesarosa imagen de no ser, de vivirnos ajenos, de sentirnos vividos.

¹⁰ José Hierro. *Alegría*. Colección el Vaso de Berceo, Madrid, 1999

Tanto más cuanto más conocimiento, sensibilidad y placer nos aporta. Pero, también, cuanto más estimula en nosotros lo mejor que llevamos dentro.

Y esto es lo último que quería decirles hoy: que se puede ser poeta sin haber escrito nunca un verso.

Empecé esta intervención diciendo que no sabía que cosa era la poesía. Ahora me parece que, sobre todo, es una actitud.

La de quien cada mañana, y pese a todo, está dispuesto a intentarlo. La de quien sabe que se puede ser. Que puede ser. Poco a poco o de repente. O poco a poco y de repente. Por sí y por que sí. Para hoy y para siempre. Significado. Sentido. Mensaje. Alegría.

Ojalá estos poemas míos estimulen en ustedes algo parecido a eso.